

De olvidos, memorias e identidades colectivas. Crónica del VII Congreso de la AHC

Lourenzo Fernández Prieto

Universidad Santiago de Compostela

En ocasiones, los historiadores académicos también nos ocupamos directamente de asuntos que están en el centro de las preocupaciones sociales. De esos que denominamos temas de actualidad. Se diría que nuestras preocupaciones por definición están exentas del aliento del presente, cuando en absoluto es así. Otra cosa es que seamos capaces de enlazar adecuadamente con el presente. De hecho, solemos intentarlo y discutimos a menudo sobre la importancia de que nuestro trabajo tenga una función social. La reunión bianual de los historiadores contemporaneístas agrupados en la Asociación de Historia Contemporánea, en su VII edición de Santiago de Compostela, lo ha intentado de nuevo —y el tiempo dirá si lo ha conseguido— atendiendo a la *memoria* y a las *identidades colectivas* y a la influencia de la primera en la construcción de las segundas. Ambos, memoria e identidades, son asuntos que forman parte del debate político y social, que están presentes en los medios de comunicación y en la sociedad civil con una fuerza creciente, en relación con los nuevos problemas y preocupaciones de un mundo globalizado y tecnologizado, en el que nuevas generaciones buscan nuevas preguntas en el pasado al margen de los historiadores profesionales porque, por fortuna, no somos los únicos que nos ocupamos de la historia, como cotidianamente puede constatararse en las librerías, la televisión o la prensa diaria. Como una continuación virtual del Congreso, en el reciente debate parlamentario del denominado Plan Ibarretxe, todos los líderes políticos han aludido ampliamente a los derechos que

da o quita la historia en unos discursos plagados de referencias a la memoria y a las identidades, que han traído al primer plano —desde otro punto de vista y con otro objetivo instrumental— algunas de las cuestiones y de los periodos históricos de los que nos habíamos ocupado en el encuentro de Compostela.

No puede dudarse que es el presente el que marca nuestras orientaciones investigadoras y objetos de estudio, del mismo modo que marca los silencios. Qué duda cabe que en nuestra mano está atender a orientaciones políticas o preocupaciones sociales. Y ya que de memoria y de políticas de memoria hablamos, se me antoja cargado de significado el hecho de que en el trigésimo aniversario de la muerte de Franco, el foco hacia el pasado esté políticamente orientado a Cervantes, aunque la explicación es bien obvia. El primero divide, en ausencia todavía de una explicación compartida —en caso de que ésta fuese posible— de ese pasado incómodo que representa. El segundo une y puede servir como adecuado instrumento de nacionalización —en su versión actual— precisamente por ser un símbolo universal. Otra cosa son las demandas y preocupaciones sociales de memoria. Cada cual sabrá a qué atender.

Volvamos al Congreso. Como es habitual en el pausado trabajo académico, los auténticos resultados de la reunión se irán apreciando en los próximos meses. Pero a la vista de las comunicaciones presentadas y los debates habidos en las sesiones de Compostela, parece confirmarse la oportunidad de las cuestiones a tratar. Casi el oportunismo, si atendemos a la actualidad, plagada de debates sobre las nuevas identidades de género, locales, nacionales o europeas y preocupada por reconstruir la memoria de nuestro pasado más reciente, etc. En este sentido, casi sin querer, el Congreso se ha convertido en la antesala de dos conmemoraciones por venir que serán sin duda una ocasión de oro en la construcción de nuestra memoria colectiva. Como se ha señalado, este año 2005 se cumplen treinta años de la muerte de Franco, el próximo los setenta del inicio de la Guerra Civil, y podemos suponer el aluvión de interés privado y atención pública —aunque no necesariamente política— por la memoria reciente que traerán consigo ambos aniversarios. De hecho no se espera una gran atención política por esta memoria, salvo para hacer volar algún viejo trasto a la cabeza del contrincante, en la línea de los últimos veinticinco años, en los que no se hizo ninguna política de la memoria pero sí mucha política con la memoria. A falta de

políticas democráticas de la memoria, será una buena oportunidad para comprobar en qué medida seremos los historiadores profesionales capaces de incidir —o incluso hegemonizar— el discurso público o si, como otras veces, seremos barridos —nos dejaremos barrer— por productos de consumo temporalmente percederos y políticamente interesados. De todos modos, en esta ocasión no será necesario el aliento mediático que la previsible conmemoración pueda traer consigo, para reconocer la creciente atención cívica por la memoria de la guerra, del franquismo y de la transición que viene empujando pausada pero firmemente en los últimos años y de la que la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica es un jalón fundamental.

Cerca queda todavía la primera convocatoria de Salamanca (1992) pero es mucho lo que se ha avanzado desde entonces por el camino de vincular nuestras reflexiones colectivas con las preocupaciones sociales. El encuentro de hace dos años en Zaragoza atendió a los *Usos Públicos de la Historia*, desde un punto de vista en parte coincidente con el de la presente convocatoria y que por ello ha permitido en esta ocasión acumular conocimientos y ahondar en debates ya abiertos. Por otra parte, los ejes de este Congreso son campos de evidente desarrollo en la reciente historiografía europea y en otras ciencias sociales, en razón de la importancia que se le reconoce a la construcción de la memoria colectiva en la génesis y evolución de las identidades grupales: políticas, nacionales, de clase o de género, que merecían una necesaria atención por parte de la corporación de los historiadores contemporaneístas.

Una segunda característica de este Congreso fue la participación extranjera, no sólo entre los ponentes, como es habitual en las últimas ediciones, sino también entre los comunicantes, procedentes en esta ocasión de Portugal (5), Italia (4), Estados Unidos (3), Francia (3), Brasil (1), Japón (1), Alemania (1), Polonia (1) y Ecuador (1). Lo cual responde, por un lado, al clásico interés extranjero por las peculiaridades de la historia hispana pero, sobre todo, denota un cierto grado de internacionalización de la historiografía española. En conjunto, el número de comunicaciones (130) es también digno de ser reseñado y permite radiografiar el estado actual de la investigación en historia contemporánea. En este sentido, llama positivamente la atención la importante presencia de profesorado no universitario entre los comunicantes, lo que supone una buena noticia para favorecer la conexión entre la universidad y la docencia en otros niveles edu-

cativos, con los que no siempre ha habido la fluidez adecuada. No me parece menos relevante tener en cuenta la innegable calidad de la mayoría de las comunicaciones. No obstante el carácter inevitablemente misceláneo y abierto de un Congreso de este tipo, en la mayoría de los casos los comunicantes entroncaron adecuadamente con los objetivos de las sesiones y, junto a la presentación de sus avances investigadores en términos estrictamente empíricos, también se vislumbró una preocupación teórica relevante y un cierto empeño por incidir en debates historiográficos abiertos. Por último, hay que señalar que, junto a la habitual participación de doctorandos que presentaban avances de sus trabajos o nuevos doctores que daban cuenta de los resultados de sus tesis, es de destacar la presencia como comunicantes de un importante número de doctores y profesores consolidados. Lo que contribuye a avanzar en el camino de convertir estas citas congresuales en ámbito propicio para un debate historiográfico enjundioso, menos ceremonioso y jerárquico, que sirva de escaparate periódico para evaluar el estado de la disciplina.

Independientemente de la ordenación en sesiones, a la que ahora nos referiremos, es necesario destacar otro rasgo, en este caso cronológico, que define las comunicaciones presentadas y, por lo tanto, de modo transversal el contenido del Congreso. Y es que, independientemente de la sesión en que fueron ubicadas, la mayoría de los comunicantes, en torno al 60 por 100 del total, se ocuparon del periodo del siglo XX posterior a la Guerra Civil. En términos cronológicos fueron, por tanto, la guerra, el franquismo y la transición los protagonistas destacados del encuentro. El aparente desequilibrio a favor de los periodos más recientes parece obedecer, no tanto a un abandono del siglo XIX o el primer tercio del XX, como a una orientación pendular destinada a llenar un vacío evidente, o no tanto, pues ello fue precisamente materia de debate en el propio Congreso. Los datos en todo caso son bastante elocuentes sobre los nuevos focos de interés de nuestra comunidad científica.

El Congreso se inició con una conferencia de apertura a cargo de Xosé Ramón Barreiro, catedrático de Historia Contemporánea de Santiago y presidente de la Real Academia Galega, sobre «El camino de Santiago y la identidad europea», a tono con el Año Xacobeo y el contenido del Congreso, en la que se remontó a los orígenes más remotos del Camino y del mito jacobeo, en un infrecuente despliegue erudito de construcción genética del presente que lo llevó a recorrer los últimos dieciséis siglos.

La primera sesión, titulada *Las políticas de la memoria*, estuvo dedicada a los procesos de creación y perpetuación simbólica del pasado, de gran importancia en la creación de identidades colectivas. La utilización selectiva de la memoria mediante su instrumentalización opera, entre otros, en dos ámbitos que recibieron una especial atención en este caso. Uno es la conmemoración mediante monumentos, estatuas, etc., de grandes eventos colectivos o de figuras individuales a los que se dota de significación heroica. Otro tiene que ver con los procesos de socialización o nacionalización de las identidades, promovidos por grupos políticos, organizaciones sociales o administraciones públicas, a través de la onomástica urbana, la creación de símbolos, la conmemoración de efemérides y el establecimiento de festividades, entre otros mecanismos. Como evidenciaron los ponentes de la sesión, Stéphane Michonneau (Université de Poitiers) y Fernando Catroga (Universidade de Coimbra), la gestión de la memoria es objeto preferente de la acción política y son las organizaciones políticas, a través de la actuación de las administraciones, las que deciden, directamente o recogiendo iniciativas ciudadanas, los nombres de las calles, la construcción, ubicación o derribo de monumentos y, en general, los instrumentos políticos para promover la memoria. El primero presentó su investigación sobre la gestión de la memoria en el espacio urbano de Barcelona, en la línea de Pierre Nora, haciendo una auténtica arqueología de los lugares de memoria de la ciudad y relacionándolos en el tiempo con la formación de sucesivas y diferenciadas identidades. De forma elocuente, puso de manifiesto cómo la memoria construida contiene siempre la cara oculta del olvido y, por tanto, permite descubrir a los sucesivos dueños del poder pues ellos son los dueños de la memoria y, en sentido contrario, hurgar en la memoria desplazada de los perdedores. Por su parte, el profesor Catroga hizo un exhaustivo repaso de las conmemoraciones como forma de construcción de un Olimpo cívico en el Portugal contemporáneo, centrado en casi todos los regímenes del siglo XIX y el XX en las *descobertas heróicas* de los grandes navegantes y descubridores portugueses de los siglos XV y XVI. Analizó las sucesivas conmemoraciones como una reavivación programada de la memoria, en las que el Estado utiliza habitualmente prácticas que mueven a la afectividad como medio idóneo para forjar identidades. A este respecto, el programa conmemorativo del Estado portugués siguió un modelo exitoso que tuvo como referente singular las celebraciones

en torno a Camoens (1880) y que fue sucesivamente repetido en el siglo XX, con un éxito social y político perfectamente constatado por el ponente. Aquel *commemoracionismo* de finales del XIX estuvo vinculado al objetivo de reiniciar la aventura imperial, en ese momento en relación con las nuevas colonias africanas, a partir de recordar al viejo imperio forjado en los albores de la Edad Moderna y justificar históricamente el destino imperial portugués, además de lograr la adecuada adhesión social al nuevo proyecto.

El relator de la sesión, Ramón Villares, comentó las 19 comunicaciones presentadas sobre los nombres de las calles, las festividades y los monumentos cívicos, como el día de la Constitución o las estatuas dedicadas a Franco, el uso de la historia en la construcción de las identidades nacionalistas o los lugares de la memoria liberal, falangista o católica en España. Las aportaciones encajaron de forma desigual en el tema propuesto y el contenido de las mismas puso de manifiesto los déficits en este tipo de estudios en España y la ausencia de tradición en un tema que todavía no ha sido bien delimitado en nuestra historiografía. Si bien, en algunos casos, esta nueva vía de indagación parece estar más avanzada de lo que se podía esperar. Como evidenció el relator, el propio paraninfo de la Universidad de Santiago, ubicado en la actual Facultad de Xeografía e Historia, donde se celebró la mayoría de las sesiones del Congreso, permite una interesante lectura como lugar de memoria, elocuente y curioso, por estar presidido por un escudo de la Segunda República, que asombrosamente nunca fue retirado durante el franquismo, dando lugar a un olvido de gran significado.

Memoria e identidades nacionales fue el título de la segunda sección, a la que se presentaron 26 comunicaciones. Teniendo en cuenta el desarrollo de los estudios sobre la ideología y la política de los nacionalismos, para avanzar en una explicación global de estos movimientos sociopolíticos, se pretendió centrar la sesión en dos aspectos relacionados y poco estudiados: los procesos de nacionalización cruzados que se dieron y se siguen dando todavía hoy en España y las identidades nacionales y regionales producto de esos procesos. Tales identidades son aquellas que, basadas en la existencia de una nación/región, logran un grado de implantación social suficiente para englobar identidades sociales y políticas muy diferentes.

Se trató, en definitiva, de analizar el nacimiento, los contenidos y la consolidación de estas identidades y el papel que en ello juegan

las memorias construidas basándose en elementos, reales o inventados: personajes, acontecimientos históricos, costumbres, mitos, raza, etc. Cuestiones que ocuparon buena parte de la ponencia de José Álvarez Junco, a propósito del nacionalismo español y los denominados nacionalismos periféricos, en la línea de su conocido último libro. El relator, Xusto Beramendi, señaló la madurez lograda por los estudios sobre identidades nacionales, más allá de los pioneros sobre los casos vasco, catalán y gallego —que también fueron ampliamente atendidos en este Congreso— incluido el creciente desarrollo de los estudios sobre el nacionalismo español. Ello viene a demostrar que la historiografía se hace eco, también en este caso, de las más recientes preocupaciones sociales y, seguramente, el desarrollo de las investigaciones en este campo pueda clarificar algunos aspectos del debate actual sobre el modelo territorial del Estado. Pese a los avances en este terreno, llamó la atención el hueco de los estudios sobre Andalucía o Castilla, aunque la principal queja del relator se situó en la falta de adecuación de la mayoría de las comunicaciones al tema propuesto.

Las aportaciones se ocuparon de la construcción histórica del mito fundador de la nación y del nacionalismo o de la conformación de los referentes identitarios y sus implicaciones políticas. Se trató así el nacionalismo español, vasco o gallego, con alguna incursión en el regionalismo andaluz, así como las identidades étnicas y nacionales en Estados Unidos, Polonia o Israel. El interesante debate posterior puso de manifiesto la diferencia entre las disputas historiográficas académicas sobre la cuestión nacional y la interesada transmisión de estas cuestiones al público por vías mediáticas y partidistas, en el marco del debate político cotidiano.

La tercera sesión, llevaba por título *(Des)Memoria de la Guerra Civil y la Dictadura*, y estaba destinada a ocuparse de cómo la sociedad española construyó y administró su incómodo pasado relacionado con la Guerra Civil y la dictadura franquista, en varios sentidos: cuál es el papel y la responsabilidad de los historiadores, pero también cuál fue el papel de la política, la cultura y la sociedad de la democracia, en la construcción y destrucción de la memoria de esas épocas, así como el uso que se hizo de esa traumática historia reciente. La actual socialización pública de memorias privadas, con la reapertura de fosas comunes o la presencia mediática de una guerra que más que silenciada se mantuvo en permanente sordina hasta el presente, marcó

la oportunidad de esta sección, incluso para calibrar hasta qué punto siguen enfrentadas las identidades de vencedores y vencidos. Partiendo del supuesto de que la Guerra Civil es el centro de la historia del siglo xx español, el Congreso quería preguntarse hasta qué punto es también uno de los ejes de la actual historiografía.

En su ponencia, el profesor Guido Crainz (Universidad de Teramo) hizo un exhaustivo repaso a las sucesivas formas de conmemoración de la Liberación y la caída del Fascismo en la Italia republicana y los diferentes tratamientos del papel de la Resistencia en función del contexto político imperante, distinguiendo las diferencias entre la memoria pública y la privada y señalando la pervivencia de una memoria dividida hasta la actualidad. Demostró cómo cada contexto político tiene su propia memoria pública. Santos Juliá (UNED) asumió generacionalmente la responsabilidad de haber «echado al olvido» la guerra, pero negó categóricamente que pueda hablarse de amnesia social, y a partir de un repaso de lo publicado durante la transición sobre la guerra quiso demostrar la vigencia que el recuerdo de la guerra tuvo en torno a la muerte de Franco. En la línea de su reciente libro argumentó que la memoria de la guerra provocó un sistema de inhibiciones entre algunos de los intelectuales de lo que podría denominarse generación de 1956 que condujo al rechazo del relato recibido en el franquismo sobre vencedores y vencidos y a la necesidad, desde los primeros años sesenta, de echar al olvido aquel drama para garantizar la reconciliación. Ello fue producto, como señaló el relator, de un personal viaje interior de aquella generación que, en todo caso, resultó ser convergente con la estrategia del PCE.

El contraste entre esta intervención y el contenido de las comunicaciones presentadas permitió concluir al relator (quien esto escribe) que la memoria de los hijos de la guerra explicaría el empeño de dejarla al margen del debate político de la transición, precisamente por la fuerza de su presencia social y mediática en el posfranquismo. Del mismo modo que la generación de los nietos de la guerra se empeña ahora, un cuarto de siglo más tarde, en otorgarle el tratamiento historiográfico adecuado que sin duda no ha recibido. La mayoría de las 29 comunicaciones presentadas estaban dedicadas a valorar los efectos de la ausencia de una memoria pública de la guerra y el franquismo, como consecuencia del pacto del olvido de la transición, en la línea que inauguró en su día Paloma Aguilar,

así como su reflejo en el cine, la literatura o la memoria popular. Una significativa cuarta parte se ocupaba de la memoria de la guerra y el franquismo en el cine y un tercio del total atendían exclusivamente a memorias parciales (locales, individuales), subalternas y muy fragmentadas, con interesantes consideraciones sobre las insuficiencias de la memoria existente (memoria tullida) y su carácter autojustificativo. La mayoría indagaba en nuevas fuentes para el estudio de la represión, el estraperlo y diferentes aspectos poco tratados de la guerra y el franquismo, abriendo o señalando nuevas vías de indagación que sin duda tendrán un amplio recorrido en el futuro.

El debate posterior se centró en las ideas expuestas por el profesor Juliá más que en las comunicaciones, así como en el problema de la ausencia de la guerra en el espacio público de la democracia. A mi juicio se puso de manifiesto que la imposibilidad de una memoria compartida sobre la guerra y el franquismo —causa última de su olvido público— no justifica la ausencia todavía hoy de una memoria democrática de aquel trascendente periodo que sigue pendiente de un tratamiento historiográfico en profundidad, con la distancia adecuada. Ésa es la historia que, a juzgar por el contenido de las comunicaciones, parece que ha empezado por fin a construirse.

Las *Identidades sociales y de género* ocuparon la cuarta sesión del Congreso, que se desplazó para su desarrollo al campus de Ourense de la Universidad de Vigo. Estuvo centrada en la naturaleza y fortaleza o debilidad de las diversas identidades sociales: de clase, de género, generacionales, campesinas, etc.; así como en los factores que contribuyen a crear estas identidades, tales como la herencia cultural, la posición en el mercado, el *status*, o los conflictos y las formas de organización. Especial atención quiso darse a las identidades de género que interaccionan con todas las demás y que están todavía muy poco estudiadas en la historiografía española contemporánea.

Las ponencias de Mercedes Vilanova y Manuel Pérez Ledesma intentaron, con diferente fortuna, desbrozar la complejidad de los objetos de estudio propuestos, establecer siquiera algunos límites de los mismos y esbozar los debates historiográficos más actuales al respecto. La primera, desde una aproximación antropológica y desde los fundamentos de la historia oral, contrapuso la realización personal a la socialización comunitaria, a propósito de la historia de las mujeres. El segundo entró de lleno en cuestiones teóricas y metodológicas, abordando un intento de taxonomía de las diferentes

identidades en juego, llamando la atención sobre el peligro de convertirlas en términos vacíos desde un postmodernismo forzosamente innovador, tan empeñado a veces en romper con el estructuralismo marxista que acaba cayendo en la vacuidad. Defendió las ventajas que ofrecen nuevos planteamientos como el giro lingüístico, junto con las posibilidades de ahondar en asuntos clásicos, como el movimiento obrero, con la ayuda de nuevos instrumentos metodológicos que el historiador tiene a su disposición.

Las 32 comunicaciones, citadas y resumidas por el relator, el profesor Jesús de Juana, de la Universidad de Vigo, se ocupaban preferentemente de la identidad femenina, cuyo estudio se ha empeñado definitivamente a consolidar en la historia académica, así como de las obreras y campesinas. Otras identidades, como la emigrante, empiezan a ser analizadas desde este punto de vista, mientras la infantil o la homosexual, prácticamente están inaugurando su tratamiento en la historiografía española. Algunas aportaciones se ocuparon incluso de la transición de unas a otras identidades, como por ejemplo los campesinos que se convierten en obreros —líderes incluso del movimiento— como consecuencia del éxodo rural. Y otras indagaron en una variedad de identidades que van de las elites a los espectadores de televisión. Por otro lado, es importante destacar, en la línea de lo ya señalado, que muchas de las ponencias estaban centradas en el periodo de la Guerra Civil y la dictadura, tanto porque el recurso a la historia oral así lo exige, como por la indicada preferencia de la mayoría de los comunicantes del Congreso por estas etapas históricas.

Las *Identidades políticas*, en cuanto conjuntos de ideas y valores simples, asumidos por amplios sectores sociales, están menos estudiadas que los partidos, sus estrategias y las luchas por el poder que despliegan, sus ideologías formalizadas o sus, a menudo, reducidas afiliaciones. El objetivo de la sección así titulada era precisamente atender a estas otras vertientes y se había enunciado con la intención de abordar la formación, evolución e interacción de las principales identidades políticas contemporáneas en España: tradicionalista, liberal, demócrata-republicana, anarquista, socialista. Las memorias y desmemorias afines a cada una de las identidades políticas identificables, así como la incidencia de los instrumentos y medios en la construcción y socialización de las mismas. El profesor Romanelli (Universidad La Sapienza) analizó en su ponencia la construcción

de las identidades políticas en Italia, exponiendo cómo cada periodo negó al anterior (liberalismo, fascismo, democracia republicana). Señaló cómo en el caso italiano destaca la centralidad del Parlamento como instrumento para la creación de un sistema político nacional, articulado en buena medida desde la manipulación política como vía para superar una gran heterogeneidad. Ello explicaría la existencia de buen número de identidades políticas antisistema en Italia articuladas en torno a todos los colectivos que se sienten excluidos de esa construcción (católicos, izquierda revolucionaria, legitimistas, etc.). En términos simbólicos, los referentes elegidos para representar la Italia unida son múltiples y sincréticos, buscando siempre la convergencia de antagonismos: norte-sur, nacional-local. Por su parte, Teresa Carnero (Universidad de Valencia) presentó la relación epistolar y personal entre Maura y Cambó como una vía adecuada para el análisis de la conformación de la identidad de las elites políticas de la Restauración.

El relatorio de Núñez Seixas señaló en primer lugar la falta de acuerdo sobre qué son las identidades políticas, y reprochó a este respecto la ausencia en este caso de reflexiones teóricas en las comunicaciones, que se centraron principalmente en analizar las ideas-fuerza difundidas desde los partidos a la militancia o que atendieron más a la ideología en sentido clásico que a la identidad en el sentido que se demandaba. Entre las preguntas formuladas, en relación con las vías para el estudio de las identidades políticas, destacaría dos especialmente relevantes: si la identidad es una precondition o, por el contrario, el resultado de la movilización y si las identidades se configuran preferentemente en relación con los discursos o con las prácticas sociales. Al hilo de ello, podría expresarse una conclusión en el sentido de que el objetivo preferente es acercarse al receptor de los mensajes, rompiendo la habitual tendencia a ocuparse de los emisores; lo que supone, necesariamente, hacer historia desde abajo frente a la habitual historia intelectual de la política que se ha practicado con largueza.

Las 15 comunicaciones presentadas abarcaron campos muy diversos, de la identidad anarquista española o la comunista en Francia, a la identidad republicana en los EEUU de América, la del republicanismo o el conservadurismo gallegos, hasta la reciente construcción de una identidad antiglobalización en el Estado español o la de las comunidades rurales alemanas antes de la Gran Guerra.

La última sesión estuvo dedicada a la cuestión de la *Religión e identidad*, reconociendo que, no obstante la secularización y laicización de las sociedades liberales contemporáneas, el hecho religioso tuvo una influencia decisiva en la construcción de identidades a lo largo de los últimos dos siglos. Siendo esto evidente en Europa, en el caso de España lo es todavía más por la influencia ideológica de la Iglesia sobre la sociedad e incluso sobre la construcción del Estado liberal. A este aspecto y a su contrario —la secularización y el anticlericalismo— se dedicó el contenido de esta sección, a la que se presentaron 9 comunicaciones.

En su ponencia, A. Botti (Universidad de Urbino) defendió con pasión la necesidad de dedicar más esfuerzos al análisis de la cuestión religiosa, relegada injustamente, a su juicio, por prejuicios presentistas. Situó el nacimiento del nacionalcatolicismo español en la Restauración, cuando la Iglesia abandona el carlismo, la sociedad burguesa se clericaliza y el liberalismo deja de presentarse como enfrentado al catolicismo para incorporarlo plenamente como parte substancial del nuevo régimen y de la nueva identidad nacional que en él se está construyendo. Un nacionalcatolicismo que después habrá de ser heredado en el franquismo como discurso generalizado. Por su parte Suárez Cortina (Universidad de Santander), en su intervención, retrotrajo el nacionalcatolicismo a las Cortes de Cádiz y a la Constitución de 1812 que hizo a la nación confesional al no establecer la libertad religiosa ni cuestionar la unidad católica. De forma que aquel liberalismo vino a nacionalizar constitucionalmente la religión. Repasó la posterior aparición del neocatolicismo antiliberal a mediados del siglo XIX como opuesto a aquel nacionalcatolicismo gaditano y la conformación en los años finiseculares del integrista católico que exaltaba la catolicidad de España, definiendo a la nación como un instrumento al servicio de la religión.

La relatora María Xesús Baz hizo un riguroso comentario de las comunicaciones presentadas, valorando en detalle sus aportaciones como una forma renovada de aproximación a la cuestión. Los trabajos incluidos en esta sección se ocuparon preferentemente de las cuestiones propuestas, con especial preferencia por los periodos de la Guerra Civil, el franquismo y la transición, protagonistas principales, también en este caso del interés de los participantes. De hecho, entre los comunicantes, tan sólo uno dedicó su atención al siglo XIX.

Esta última sesión fue seguida de un debate vivo y en ocasiones apasionado, como correspondía quizás al contenido de la misma.

Por cierto, es de resaltar que una característica del Congreso, en la que conviene reparar para intentar corregir en futuras ediciones, fue sin duda la escasa participación de los comunicantes en los debates. Tengo para mí que la ausencia de estas voces hizo que se perdiese una parte sustancial de su aportación, por mucho que ésta fuese reseñada por los relatores. De hecho, los intensos debates producidos en algunas sesiones fueron protagonizados por otros participantes y se centraron de forma habitual en las ponencias presentadas *in voce* más que en los textos de las comunicaciones o en las presentaciones que de ellas hicieron los relatores. De esta forma, las novedades, las nuevas aproximaciones, las nuevas fuentes, los trabajos más originales, que los hubo en número apreciable, quedaron subsumidos en las disputas sobre posiciones historiográficas ya conocidas, perdiéndose una parte importante del nuevo capital intelectual que un Congreso como éste fue capaz de reunir.